Con mi inobservancia sería yo causa destructora de la relajación de mi Orden y culpable de la gloria que se dejara de dar a Dios y de que muchas almas continuaran viviendo en la oscuridad de la infidelidad y no se convirtieran a Dios. Porque una Orden remisa y floja en el cumplimiento de sus leyes es una Orden relajada, y es religioso relajado el que no vive esas leyes con espíritu y escrupulosidad. ¿Qué aprecio hago yo de mi observancia? ¿Cómo vivo yo la observancia de mi Orden y las leyes y disposiciones que la forman? ¿Me disculpo para no cumplirlas diciendo que no obligan a pecado o que han pasado de actualidad con la vida y exigencias de hoy? Sería la señal manifiesta de mi tibieza y falta de espíritu.

Suelo dar mucha importancia al mandato expreso y actual del Superior y miro como religioso rebelde y quizá escandaloso a quien no lo cumple. ¿Tengo presente que hay otro Superior mayor y más importante que el que está delante de mis ojos, y que ese Superior es la ley y la observancia? El Superior representa a la ley y está en lugar de Dios, y cuando falto a mi observancia es al mismo Dios a quien desobedezco y deshago la obra que El ha mandado y dispuesto.

Aconsejaba un santo religioso a otro: *Haga cuenta que toda la santidad de la Orden depende de su propia santidad.* Si yo me compenetrara bien con esta sentencia y la viviera, y lo mismo hiciera cada religioso, toda la Orden estaría en el mayor fervor y en nada decaería la primera santidad que tenía cuando la fundaron mis Santos Padres, y, a semejanza de la casita santa de Nazaret, se daría a Dios

la gloria más pura y se contribuiría a la redención y santificación de las almas. Su santidad sería la mejor predicación que movería todos los corazones y, con sus virtudes, callando o hablando, sería lámpara de Dios para guiar las almas al cielo.

Guardar la fidelidad de la observancia en todos sus detalles y espíritu es hacer, sin duda ninguna, la voluntad de Dios y abrazarme con el mismo Crucifijo. Y Jesús está en la cruz levantado, amando y ofreciéndose.

Depende de mí, del espíritu con que yo viva, de la abnegada y amorosa fidelidad mía, la santidad y esplendor de mi Orden, la alabanza y gloria que dé a Dios y la conversión y santificación de muchas almas. Esta es la gloria que Dios me pide.

No puede darse santidad sin mortificación mientras vivimos en el mundo. Es necesaria la discreción en las penitencias que se hacen, pero me dice Santa Teresa que la prudencia del cuerpo inclina hacia el regalo y comodidad y entibia el espíritu y se opone a la santidad.

El alma santa, esté consagrada a Dios en una Orden o viva en la vida de familia, tiene que hacer penitencia; no puede crecer el amor de Dios sin la penitencia, y la medida de este divino amor es la misma penitencia, ya que quien inspira la penitencia es el amor y el deseo de obedecer a Cristo, que lo mandó, y de imitar a Cristo, que la hizo, y de inmolarse con Cristo y expiar con El por los pecadores. Sufriendo y amando redimió Jesús al mundo.

La penitencia es no sólo para cercenar las demasías del natural y guiar por el camino de Dios, sino

para poner fuerza en el ama y enseñar a volar hacia Dios. Es la obra maravillosa de la ciencia de la expiación y de la intercesión, de tan fecundo fruto para el alma recogida como para el alma apostólica y activa.

Si siento el deseo de la salvación de las almas, debo tener muy presente que las almas se compran más que con palabras con sacrificios vivificados por el amor. Sin la Cruz no se hubiera redimido el mundo, y ya viva yo en el mayor retiro o en la mayor actividad apostólica, no contribuiré a la salvación de las almas sin llevar mi cruz y sin hacer penitencia. Los sacrificios más aceptos al Señor, por estar libres de amor propio, son los determinados por mi regla y constituyen la observancia religiosa. Tengo que borrar mis pecados y los pecados de mis prójimos con las lágrimas de mi corazón y el holocausto de mi voluntad queriendo lo que Dios me ha mandado y está expreso en la observancia de mi vida religiosa. No será ésta la penitencia que escogería mi gusto en este momento, pero estoy seguro que es la que Dios quiere de mí y la que El mismo me ha señalado. *Hago la voluntad de Dios.*

La penitencia del alma es mucho más perfecta y levantada que la del cuerpo, y la de la voluntad que la del sentido, aunque no se da penitencia del alma y de la voluntad sin la corporal. Al hacer yo lo que tengo prescrito según los detalles y el espíritu de mi Orden, someto mi gusto y mi voluntad a la de Dios y venzo mi amor propio; ofrezco a Dios mi inteligencia y mi voluntad para unirme a la suya y puedo decir con alegría: *Estoy seguro de que, a semejanza de Jesús, estoy haciendo la vo-*

luntad de mi Padre Celestial y dándole gloria. Jesucristo la hacía con clarividencia del entendimiento y yo con la oscuridad de la fe en abnegado amor de obediencia. Estaré en un acto doloroso y penitente o estaré en acto de expansión y regalo; estaré en la alegría de la recreación o en el gusto de la refección del cuerpo, pero estoy cumpliendo la observancia de mi Orden, estoy obedeciendo, estoy agradando a Dios. San Juan de la Cruz llamaba a las penitencias meramente corporales penitencia de bestias, y éstas espirituales de obediencia son penitencia de los hijos de Dios.

Muy santa y extraordinariamente perfecta, muy apostólica y espiritual, era la vida que hacía el Santo Juan de Avila, y decía que envidiaba santamente a los religiosos, porque creyendo él que hacía la voluntad de Dios quizá el amor propio se insinuase y la hiciese muy imperfectamente, mientras que los religiosos, obedeciendo y viviendo su observancia, estaban seguros de que hacían la voluntad de Dios. Si vivo con espíritu y fidelidad mi observancia y regla desde que me acuesto hasta que me levanto y desde que me levanto hasta que vuelvo a acostarme, puedo decir con alegría: estoy seguro de que estoy haciendo la voluntad de Dios y el Señor se agrada en esto que hago. Por lo mismo quiero hacerlo con todo mi amor, con todo mi pensamiento y con todas mis fuerzas.

Anímate, alma mía, y no hagas con flojedad y tibieza tus obras; son obras dispuestas por Dios, ofrecidas a Dios y realizadas en la presencia de Dios. Hazlas con todo tu amor. No te dejes caer en rutina

ni llevar de tu gusto y regalo; no de tu amor propio. Sobrenaturaliza tus obras; vive tu observancia.

Y esta penitencia de la observancia no mata. Yo traspasaré los límites de la prudencia al escoger mis penitencias y caeré en demasías. Pero Dios dio a mis Santos Padres una prudencia extraordinaria y, guiados por ella, me señalaron mi vida de penitencia y de amor, de retiro y de santa expansión. Ellos la vivieron y no se mataron, sino que se santificaron como me santificaré yo si la vivo y no dejo decaer nada de cuanto ellos plantaron. La observancia exige esfuerzo constante, sacrificio continuado, vencimiento ininterrumpido; pero es muy llevadera y muy sana para el cuerpo, al mismo tiempo que santifica el alma.

249. Mis Santos Padres se santificaron en esta vida que yo he abrazado y me dejaron hecho el camino por donde yo iré seguro y recto a la santidad si vivo como ellos me enseñaron en la observancia. Siento por ellos muy grande admiración y deseo que todos la sientan; veo con regocijo que se da culto a sus reliquias y se las admira. Pero la primera y principal reliquia suya es la observancia que trazaron; es el fruto de su alma y de su cuerpo; me pone en contacto con su misma inteligencia y con su voluntad; es lo que ellos más estiman, porque les ayudó a ser Santos y a conseguir el triunfo del amor divino. Y quizá esta reliquia que ellos me dejaron es muy poco estimada de mí y no la aprecio cuanto debía. Si no la vivo con fidelidad, menosprecio y tiro la reliquia más santa y la que me alcanzaría la santidad. Pongo un marco de oro a una

carta de papel que ellos escribieron y entierro en el barro del menosprecio y rompo con mis obras su mismo espíritu cuando no cumplo con fidelidad y amor las obras y la vida interior que me mandaron. Esto es lo que quieren ellos que yo guarde con delicadeza y en esto he de mostrar que los honro y que los amo. *Guarden bien sus Constituciones,* oigo decir a Santa Teresa en sus últimos momentos. Esto basta para la santificación. Para su cuerpo sólo pide un puñado de tierra para cubrirlo; para la observancia pide se guarde bien; éste es su testamento; éste es el testamento de todos los Fundadores. Guardar mis Constituciones, mi vida interior en Dios, mi vida austera y espiritual. Mi observancia será mi santidad.

Ninguno se hace religioso para darse gusto ni en sus sentidos, ni en su amor propio ni en su descanso. Ninguno se retira al claustro para dedicarse luego a curiosear por el mundo. Me he hecho religioso para vivir vida de cruz y de recogimiento; para vivir escondido en el pecho de Cristo y allí tener mi carne crucificada con la suya y arder en el fuego del divino amor. No me es posible vivir en esa vida de Dios si huyo de la cruz, si busco mi comodidad, si me disipo por las curiosidades mundanas. Cuanto más sepa y procure gustar de lo humano, menos gustaré y poseeré de lo espiritual y divino y más me alejaré de la santidad. Y es el mismo Jesucristo quien me dice presentándome la observancia y el recogimiento y amor de mi Orden: *Esta es la cruz que yo traigo para ti y la vida de amor divino que te señalo. Tus obras dirán si me amas.* Si vivo mi vida crucificada con Cristo y mi vida escondida en

Cristo abrazado a sus disposiciones, estoy haciendo la voluntad de Dios y viviendo el divino amor. Esto sobrenaturaliza todas las acciones de mi vida y me une con Dios; esto es lo que yo debo hacer para glorificar mi orden y honrar a mis Santos Fundadores, porque con ello se da gloria a Dios y se contribuye a la salvación de las almas.

Quiere el Señor que las Ordenes religiosas sean sus rosales en la tierra para que lo hermoseen todo y llenen de perfume de cielo, y me ha escogido a mí para ser rosa de estos rosales y depende, en parte, de mí la hermosura del rosal. Dios mío, que sea yo rosa abierta y fragante; que os dé yo la gloria que Vos me pedís; esta gloria sólo puedo dárosla yo, y es mi fidelidad a la observancia, mi amor, mi obediencia, mi santidad.

250. En todos los tiempos las Ordenes religiosas han ayudado más de lo que puede decirse a excitar el fervor y practicar las virtudes y sólida piedad en el pueblo cristiano, pero principalmente en el tiempo de oro del fervor de esas mismas Ordenes. Hablamos hoy, gracias a Dios, mucho del apostolado del mundo, del esfuerzo para convertir las almas en todos los pueblos y para instruirlas en una piedad consciente y sólida; pero las almas no se convierten con solas palabras o proyectos ni aun con moverse de una parte a otra. El apóstol verdadero tiene que infundir la vida en las almas y él la recibe de Dios. Para poner la vida en las almas he de vivirla yo antes y expiar sus pecados e ignorancias. Según sea mi vida, la comunicaré a los demás.

Los escritos y las palabras son imprescindibles

en el apostolado, pero lo más esencial es la oración y la expiación. Jesucristo redimió al mundo con la expiación y la oración continua y con un breve tiempo de predicación confirmada con los milagros que realizó. Dios me llamó a mí para que sea en mi Orden y en el mundo la Iglesia santa que ora y que expía; de esto no puedo dudar. Querrá o no querrá que yo forme parte de la Iglesia docente en palabras o escritos u otras actividades; pero ciertamente yo tengo que ser Iglesia santa que ora y expía y que mi oración y mi expiación acompañen a los que viven la Iglesia docente. La Virgen vivió en la tierra esta Iglesia con perfección, la vivió Jesús hasta su vida de apostolado exterior; la Virgen oraba y expiaba por todos los apóstoles y por todas las almas y es Reina de los apóstoles y mediadora de todas las gracias que vienen a las almas.

Pero mi oración y mi expiación más acepta a Dios está en vivir interior y exteriormente mi observancia, que yo viva el espíritu de mi Orden con total perfección, y este espíritu es vivir en presencia de Dios, vivir en amor de caridad, vivir alejado del mundo y de lo mundano, vivir en el sacrificio y en la santidad que me determina mi regla. ¿Y qué importancia doy yo a esta observancia? ¿Cómo rezo yo mi oficio divino y las oraciones que se me mandan por mí y por todas las almas? ¿Cómo me esmero en ser yo la alabanza a Dios en la tierra? ¿Cómo someto mi alma y mi cuerpo a la obediencia de cada uno de los actos que me señala mi regla? ¿Cómo vivo yo la caridad espiritual y corporal con mis hermanos no ocupándome de juzgarlos? ¿Cómo vi-

vo la mansedumbre y la humildad con ellos y con los extraños?

Fíjate, alma mía, que cuando se ha llegado a la terrible equivocación de pensar que estar en el coro o en la oración o rezando es no hacer nada, se ha llegado a formar el juicio anticristiano de que las órdenes religiosas son una equivocación y un error en la iglesia y en el mundo; que cuando no hay esmero en dar solemnidad al oficio divino o a las ceremonias religiosas que componen la observancia regular, no hay espíritu de Dios ni de oración en el que lo piensa ni puede haber virtudes, y contribuye a destruir la Orden en cuanto está de su parte, porque piensa contra lo vital y esencial de la misma Orden. Quien destruye o juzga inútil el recogimiento, juzga inútil la Orden y los consejos evangélicos. ¿Cómo vivo delante de Dios en el coro, en los actos comunes y en la celda? ¿Qué pienso yo del tiempo destinado para la celda y para el retiro? San Bernardo decía que era el tiempo de negociar los grandes negocios con Dios y él los negociaba. Si yo pensase que era tiempo perdido y de aburrimiento, era manifiesta señal de que yo no vivo mi vida y mi espíritu de religioso, la vida más elogiada de Dios, la vida que el Señor quería de mí y que vivieron mis Santos Fundadores. En la celda, decía ese mismo Santo, se vive como en el cielo y se hace la misma obra del cielo, y no por esto dejaba de ser un gran apóstol de admirable eficacia. Cuando una Orden no cuida como el primer interés su vida de observancia, aun cuando parezca tener mucha vitalidad, su decadencia está próxima, o su muerte. ¿Qué me di-

rá Dios si yo contribuyo a esta decadencia y muerte?

Dios te ha escogido y llamado a ti, alma mía, para que seas Iglesia santa que ora y que expía, para que seas Iglesia de alabanza a Dios y repares tantos desprecios como se le hacen; para que estuvieras más unido a El, cumplieras con más seguridad su voluntad y pudiera darte mayor gracia y amor. El te dice amoroso: Te muestro mi voluntad en la observancia de tu Orden; te quiero alma de oración y de penitencia según la que yo mismo te señalo. Te quiero unir a mí y meterte en mi mismo pecho para hacerte amor mío. Dios mío, yo acepté en mi profesión, y abrazo ahora más estrechamente, tu voluntad abrazando mi regla. Quiero vivirla con todo primor llevando con la más delicada exactitud mi observancia. Sé ciertamente que esto queréis Vos de mí. Sé que esto me santificará. Sé que con esto cooperaré a la salvación y conversión de las almas apartadas de Vos y a la santificación de las que ya os aman para que os amen más.

Tú no desprecias, Dios mío, el corazón contrito y humillado. ¿Cómo abrazo y vivo yo el sacrificio y la obediencia de mi observancia que Vos me señaláis? ¿Qué importancia la doy? ¿Miro que ésta es la gloria que principalmente quiere le dé yo? ¿Soy de los que juzgan que vivir sólo la observancia, no dedicándose a actividades externas, es perder tiempo o encontrarle para no hacer nada? ¿Soy de los que tienen prisa en el culto y en el rezo y oración, para perderle en parlerías o visitas, no comprendiendo que eso dedicado a Dios es la principal parte y fuente de todo otro bien? ¿No sería abrir la puerta

para que entrara el mundo en mi alma, el mundo que es enemigo de Dios y de la santidad? ¿Qué otra vida vivió Santa Teresa del Niño Jesús? ¿Cuál San Dositeo, que se santificó en seis años?

Es el mismo Jesús quien me señala la penitencia que me ha de santificar y quiero, por lo mismo, vivirla con todo esfuerzo y delicadeza de mi amor. No es una penitencia llamativa y de actos heroicos, que desgastara la naturaleza rápidamente o fuera superior a mis fuerzas; es la penitencia serena y continua que me dispone para una más perfecta vida interior, que me ayuda a limpiar de mis pecados, y es también el mejor medio para limpiar los pecados del mundo, constituyéndome en la verdadera Iglesia santa que ora por todos y expía por todos. Me ha traído Jesús para que, unido íntimamente a su voluntad, ore por todos y expíe por todos. Misión delicada y hermosa la que Jesús me señala.

251. Esta es la lámpara que quiere Dios tenga yo encendida en mi corazón y ella sea luz de la Iglesia y del mundo. Si fuera necesario suprimir todos los demás actos de penitencia escogidos por mí, debo suprimirlos para cumplir estos señalados por Dios; porque los otros son de mi voluntad y éstos de la voluntad de Dios. En la fidelidad del vivir todos y cada uno de los actos de la observancia está la santidad de una Orden y está la santidad mía; cuando domina la remisión en cumplirlos, se degenera en relajación y se hace traición a la Orden y principalmente a Dios que los señaló, y yo, en lugar de dar gloria a Dios, se la quitaría y me declaraba en rebeldía por negligencia. En la vida religiosa,

como en el amor, no hay actos pequeños, porque los actos pequeños son precisamente el fundamento y sostén de los mayores, en ellos está la penitencia muy llevadera y la grande santidad. Los actos pequeños externos de silencio, de modestia, de recogimiento y puntualidad, los actos pequeños de continua caridad son los que hacen crecer la hoguera del grande amor y de lo íntimo y regalado de la vida interior y trato con Dios. No han de ser actos solamente externos, sino actos vivificados por un amor grande y abnegado. La observancia no es sólo la forma externa, sino lo íntimo y perfecto de la caridad fraterna y divina. El amor lo sobrenaturaliza.

Dios me manda que limpie yo mis pecados y limpie y lave los pecados del mundo por la oración y expiación que me ha señalado en la reglamentación de mi Orden. Viviendo mi vida religiosa con todos sus detalles y con todo el amor ante la presencia de Dios, contribuiré eficazmente a la hermosura y santidad de la Iglesia y conseguiré mi perfección. Si, en cambio, me dejo llevar de disipación y flojedad, seré causa de la ruina de mi Orden y no daré a Dios la gloria que me pide. Obro contra la voluntad de Dios.

Dios mío, no abracé el estado religioso para dar gusto a mi cuerpo ni para hacer mi propia voluntad, sino para acabar con mi amor propio y poder decir con Jesús: *Siempre hago la voluntad de Dios.* Si yo me hubiera ya negado del todo, habría triunfado de mí y sería feliz, atento a mi vida religiosa y apreciaría todas sus disposiciones como joyas valiosísimas; porque sería mi mayor gozo decir: *He*

hecho en todo la voluntad de Dios, he obrado en todo santamente lo que Dios de mí quería. He dado a Dios la gloria que me había pedido y con ello ayudado a la santidad de mis hermanos, a la conversión de las almas y esplendor a mi Orden.

DECIMACUARTA LECTURA - MEDITACION

(Primera del día séptimo)

El religioso es la alabanza a Dios en el Oficio Divino

252. Mi vida de religioso, de alma consagrada a Dios, ha de ser para vivir para el Señor y en el Señor; para prepararme, en cuanto yo pueda, a ser morada de Dios y a unirme en amor con El. Grande aspiración, pero no es otro el fin señalado por el mismo Dios a la vida religiosa ni es otra cosa la perfección que me mandó a mí con más predilección que a todos los demás.

Vivir en Dios y para Dios es consagrarle todos mis afectos y deseos y ofrecerle todas mis acciones y mi amor. Vivir en Dios y para Dios es ejecutar todas mis obras externas e internas según su voluntad y aceptando todas sus disposiciones, uniendo mi querer a su querer divino y sobrenaturalizando todas mis actividades y todos mis pensamientos y afectos, porque mi amor, mi deseo y mi intención están unidos al amor de Dios.

El fin del alma consagrada es vivir en Dios y para Dios en unión de amor.

El alma que se recoge y centra en esta inefable luz de Dios, en esta insospechada vida, en esta divina hermosura, no vive encogida y mustia, como solemos imaginarla por nuestro equivocado e ignorante espíritu, antes el gozo que la rodea y la bellísima amplitud que se la presenta la expansionan y dilatan porque la belleza de cielo y la luz suavísima, pero ilimitada, de Dios alegran todo el ser y agradan el entendimiento y los sueños de dicha. Esta alma así levantada y enriquecida salta de gozo y de agradecimiento a Dios. Cuanto más se participa de Dios por la gracia y el amor de Dios, más se ahuyenta la tristeza y más crece la alegría y el gozo en el Señor y más irradia al exterior frecuentemente y a veces sin poderlo reprimir.

Estoy en Dios. Dios está en mí. Me ha llamado para que amándole continuamente crezca sin cesar en el amor. He venido para sumergirme en su amor y a que me una a su amor hasta hacerme amor suyo por la unión. Dios está dentro de mí más íntimo a mí que lo más íntimo mío, y en mis pensamientos y afectos, y me envuelve y me llena. Dios es todo claridad y hermosura y quiere serlo para mí y quiere transformarme en claridad y en hermosura suya si yo también quiero y coopero con mi fidelidad y esfuerzo. La fe me enseña que estoy en la claridad de Dios por la gracia y el amor. Mi vida de retiro, mi vida de silencio, mi vida de oración y sacrificio son para prepararme de mi parte a participar de esa vida de amor y de claridad que Dios quiere comu-

nicarme, para limpiar el alma de todo impedimento para la transformación.

El ejercicio de todas esas virtudes es necesario para vivir íntimamente la vida de Dios.

253. Todas nuestras obras de trabajo manual o intelectual son para ayudarnos a que no nos falte lo necesario para nuestra sustentación o mejor para ayudar a la Divina Providencia en lo necesario, pero no han de impedirnos esta vida interior de amor, sino ayudarnos como ayudaban a Jesús y a la Virgen Santísima. Debemos convertirlas todas en oración y penitencia como las convertía la Virgen. Nuestra Madre Santa Teresa quería no que trabajásemos para la ganancia, sino que trabajásemos para no estar ociosos, como nos lo mandó el Señor, y porque la ociosidad es un terrible mal incompatible con la perfección y es también origen de la mayor parte de los males y pecados; y al mismo tiempo ayudásemos a la Divina Providencia, que no dejará de darnos lo necesario, como lo ha prometido, si nosotros procuramos ser santos.

De aquí su consejo y aún mandato de que no fuésemos pesados pidiendo a nadie, sino confiásemos en el Señor; esta es nuestra seguridad; que no pidiésemos a nadie aunque nos muriésemos de hambre; pero Dios no nos dejaría morir de necesidad; y si lo permitiera, bienaventuradas las monjas de San José muriendo así. En sus cartas hace resaltar que fue su consejo a los Religiosos de su Reforma que trabajasen algo manualmente y durante el recreo santificasen con ello el rato de expansión, porque al mismo tiempo que es útil, ayuda a la virtud,

y que *esto importa infinitísimo.* El trabajo impide defectos que llevan a disipación y a quebrantos de caridad y aumenta la virtud y practica la humildad y obediencia a Dios.

La regla manda también que se haga trabajo de manos para ayudar a la Providencia de Dios, que no hace los milagros sin necesidad; pero que no haya oficina común para que se guarde el silencio y el recogimiento y se pueda tener la continua presencia de Dios, y vivir perfecta caridad fraterna; todo esto es casi imposible cuando están varios trabajando juntos por largo rato.

254. Mi vida de religioso es darme cuenta de que estoy en Dios. Si vivo en clausura es para estar alejado y aislado del trato y de los negocios del mundo; de la disipación y vanidad o apego de las personas y de sus bienes. No son tanto las tapias las que me han de aislar del mundo cuanto mi decidida voluntad; porque

> no está en el convento,
> quien vive fuera con el pensamiento

Porque si yo estoy con Dios y a solas con El, lo estaré aun cuando esté en medio de ciudades, y no codiciaré, sino que huiré del trato no necesario o no conveniente con las personas, y de las vanidades y disipaciones, porque mucho ayuda para el amor de Dios la soledad y el silencio; porque el amor de Dios crece hasta su perfección en el alma vacía de preocupaciones y amor propio y de ruidos de curiosas noticias que disipan. Me es necesario huir de las ocasiones porque mi fragilidad no quedaría incólu-

me. Lo importante es que yo esté con Dios amándole y alabándole; con esto, aun cuando viva en descampado, gozaré de la delicia de un paraíso.

Si yo viviese esta vida interior en viva fe y crecido amor, gozaría de la más dulce compañía y regalado trato y nada me distraería. ¿Cómo no me confunden los amantes del mundo? ¿No se les ve en nuestros tiempos por las calles entre las multitudes, atentos el uno para el otro, sin ocuparse de los demás aun cuando sean objeto de la crítica porque sirvan de desedificación? Dios mío, ¿por qué no encontraré yo todo mi gozo en vuestra compañía y me abstraeré de todo lo demás?

San Pablo estimaba todas las cosas como basura comparándolas con Vos. Santa Teresa de Jesús veía toda la hermosura terrena como estiércol comparándola con la Vuestra. Pero yo no tengo tanta claridad de Vos y si no me aparto y aíslo de lo mundano y de las personas, aún se me van mis ojos y mi imaginación se entretiene y solaza en las complacencias y atractivos humanos y gusta de delicias y superfluidades y se empaña el afecto de mi alma.

Quiero vivir atento a Vos y en Vos, como viven y están atentos los ángeles; los ángeles encuentran en Vos su gozo y su felicidad, siempre floridos y sin merma. Porque si ellos están ya en efectos gloriosos y seguros, gozando de la vista y posesión de Dios, yo sé por la fe que estoy también en Dios, pero aún sin efectos gloriosos; pero Dios es el mismo el que está en mí que en ellos y espero verle y poseerle glorioso como ellos. A este mismo Dios infinito alabo yo y me he consagrado. Dios está en mí y me acompaña. Voy hacia el cielo, pero mientras estoy

en la tierra tengo que vigilarme y tenerme y preservarme huyendo de mí y de todo cuanto arrastra los sentidos para conservarme incólume, limpio y atento a Dios, creciendo en su amor.

255. Veo cuánto escriben los autores en nuestros días sobre la mística. Me admiro al ver cuántas opiniones y discusiones suscitan sobre la misma mística, opiniones y discusiones que ordinariamente oscurecen y dificultan más que facilitan y aclaran el camino por donde el Señor ha tenido a bien llevar a algunas almas santas. Dudo, en cambio, que todos los que escriben sobre la mística practiquen tanto como debieran practicarse las virtudes de la ascética. Y el ejercicio de las virtudes es el que santifica, no el escribir sobre la mística. Virtudes y virtudes son las que tenéis que practicar, repite Santa Teresa. Mucha humildad, y mucha caridad, y mucho recogimiento, y oración y sacrificio. Esto es lo que me pide Dios, esto lo que yo le puedo dar y esto lo que me santificará y hará crecer en el amor. Dios me dará a mí lo que El quiera, y me llevará por el camino que más guste y hará florecer más las flores que prefiera; pero siempre me pide el corazón, la mansedumbre, la humildad, la caridad, la oración y el sacrificio y que me niegue a mí mismo y me despoje de los bienes. En lo demás El obrará en mí como sabe y quiere. Me pide el corazón: la alabanza de las obras, del corazón y de los labios. Yo, alma consagrada y recogida, debo ser la iglesia santa que ora y que expía. Debo ser la alabanza a Dios por la oración y por la inmolación con Jesús, que es la alabanza perfecta.

Mi vida de religioso se desarrolla en gran parte delante de Dios en la iglesia y en mi retiro. Dios está conmigo y sería indelicado dejar sola a una persona que me acompañara. ¿Cómo podré dejar solo a Dios si me tengo por cumplido? Tengo que estar con Dios en íntima compañía y amoroso trato. Tengo que estar atento a El, pues he escogido estar ofrecido a Dios. Prescindiendo de conceptos alambicados y tecnicismos teológicos, la contemplación no es otra cosa que estar atento a Dios con amor; es vivir con Dios y en Dios, amándole y alabándole y pidiéndole. Esta compañía de Dios hará de mi alma el delicioso paraíso donde Dios se recrea, un jardín floridísimo donde mi alma se goza en su Dios obsequiándole con todos los perfumes y colores de sus flores.

El Creador de todas las cosas está conmigo y amándome y mi misión en la tierra es estar con El amándole y alabándole y recibiendo sus mercedes innenarrables. Debo ser la alabanza a Dios; alabanza de agradecimiento y también de súplica. Debo ser el jardín florido de Dios, que le da toda la hermosura y perfume de las buenas obras, de la alabanza y de la expiación por el sacrificio. Debo ser la alabanza a Dios por mi oración continua y callada, y debo serlo por mi oración vocal particular y la del *Oficio Divino*.

No es mi misión menor que la de los ángeles del cielo, y los amados ángeles del cielo me acompañan en el cumplimiento de esta mi misión; pero además es misión de expiación y de redención de almas.

256. Si de verdad soy religioso y no me contento con vestir el hábito y acudir a algunos actos de comunidad, imprescindibles para no ser señalado como mal religioso, vivo mi vida casi totalmente no sólo en la presencia ordinaria de Dios o en el retiro claustral dentro de la cerca de mi convento, sino muy principalmente estoy presente en el santuario de Dios. La mayor parte de mi vida es estar en el coro o en la iglesia alabando a Dios y en acto de amor en la oración callada, interior, de corazón y en la oración vocal rezada o de canto, ensalzando o suplicando a Dios con el *Oficio Divino.* Estoy con mi cuerpo en el lugar santo y con mi pensamiento y afecto en el mismo Dios, bien sea en la iglesia o bien en la celda; pero la celda no es menos que la iglesia y debe ser mi continuo cielo viviendo como los ángeles del cielo, en Dios, en el mismo Dios infinito en toda perfección. Magnífica e insuperable es mi misión en la tierra si yo me determino a vivirla con la perfección que debo. Los ángeles están en Dios, amando a Dios, alabando a Dios y en el gozo y felicidad de Dios y son mensajeros de Dios para con los hombres. Todavía no estoy yo ni en el gozo ni en la felicidad de Dios, pero en todo lo demás debo hacer lo mismo que los ángeles hacen: amar a Dios, alabar a Dios y estar en Dios e interceder por los hombres. Mi vida debe ser divina. ¿Seré yo tan ingrato o tan poco reconocido que habiendo abrazado misión tan alta y santa me canse de ella y me baje a cosas muy terrenas y bajas y me salga de este divino tabernáculo de Dios para solazarme en lo miserable y rastrero de los hombres? ¿Por qué no me uniré a los ángeles y les imitaré en todo? Nada más

santo ni ,a la larga, más gozoso que vivir en la luz de Dios con la mente.

Mi misión es ser la alabanza a Dios en la tierra. Estoy escogido para ser la iglesia santa que ora y que expía; he abrazado ser la iglesia que ama.

257. Quiere Dios que yo sea su alabanza por la oración y por el *Oficio Divino*. Una larga parte de mi vida la invierto en rezar el *Oficio Divino*. Debo anteponer esta oración a todas las demás privadas y públicas después de la Misa. Hoy se la pospone a otras muchas devociones y se la mira como algo pesado y que hay que rezar aprisita y de cualquier manera, convirtiendo el *Oficio Divino*, de una alabanza soberana a Dios, en una carga pesada y aburrida y como de ninguna trascendencia e influencia para con Dios. Se la mira como la oración menos oración y que no hay que esmerarse en poner ni afecto ni reverencia, sino es cuando interviene la vanidad del canto ante los hombres para lucir la voz y la música. A Dios se le atiende muy poco, y se rebaja muchísimo este Divino Oficio.

Es mi deber rezar divinamente el *Oficio Divino*. Es el que hacen los ángeles en el cielo; no en las palabras, pero sí en el amor y en el deseo.

Llamamos *Oficio Divino* a las oraciones señaladas por la Iglesia para alabar a Dios en nombre de la misma iglesia, de toda la Iglesia y en compañía de la triunfante, de la militante y de la purificante. No sólo ha compuesto la Iglesia muchas de esas oraciones, sino que puedo decir que las ha hecho el mismo Dios. Fue Dios mismo quien inspiró tanto al Profeta David, que parece fue el que compuso la mayor

parte de los Salmos, como a los demás autores desconocidos, que hicieron los restantes; fue Dios mismo quien inspiró a la Iglesia que aceptara esos cantos de alabanza y que añadiera otras nuevas oraciones compuestas por almas santas, en el correr de los tiempos, para completar esta alabanza a Dios y que nos la mandara rezar todos los días a los sacerdotes y a las almas consagradas al Señor. Fue Dios mismo el principal autor de todo y los hombres fueron instrumentos conscientes de Dios.

Desde el tiempo de Nuestro Señor Jesucristo se vienen rezando esos salmos o alabanzas a Dios, aunque de diferentes modos en los distintos tiempos. El mismo Jesucristo dio gracias con algunos de ellos y siglos antes del cristianismo se rezaban en el templo de Jerusalén por los sacerdotes de Israel y con ellos oraban muchos de los buenos israelitas. También la Iglesia nos pone por modelo la vida de algún Santo y nos instruye con la lectura de un breve párrafo de la Sagrada Escritura. Todo esto lo rezo yo en compañía de mis hermanos los sacerdotes del mundo y de tantas almas santas consagradas a Dios como hay esparcidas por la tierra.

Con toda exactitud doy realidad a las palabras de un salmo: *Los que habitáis en la casa del Señor, bendecid al Señor. Santos todos del Señor, alabad al Señor.*

En la oración del *Oficio Divino* recuerdo las virtudes de los Santos, recojo sus afectos y me apropio sus amores y en su compañía y en la de los ángeles alabo al Señor y le alabo con las mismas palabras que El me ha enseñado por sus santos y por su Iglesia. Cuando estoy en el coro —o fuera del coro— en

esta alabanza, estoy como si estuviera en el cielo en la compañía de los ángeles y bienaventurados, y mi pobre voz y la mirada de mi alma se une a su cántico dulcísimo y miro a Dios como ellos le miran. Más que con la voz tengo que alabarle con la mirada fija de mi atención, con todo el ofrecimiento de mi amor. Mi pensamiento y mi afecto han de estar unidos al pensamientoy afecto de los ángeles del cielo, y todos ellos como metidos gozosamente en mi espíritu y en mi cabeza e íntimamente unidos a mí alabamos juntos al Señor con las mismas palabras y los mismos pensamientos del cielo enseñados por Dios.

258. No son ciertamente las mismas palabras materiales que escribieron David o los Profetas, pues ellos las escribieron en hebreo, pero son las mismas expresadas en una lengua escogida por Dios para que fuera el idioma oficial de su Iglesia, como es el latín.

Y aunque yo entiendo el latín, quiero reparar que no dificulta en nada, para rezar devota y muy santamente, el no entender esta lengua, como no la entiende casi ninguna religiosa, ni es dificultad, como lo piensan muchos.

El orar recitando en una lengua desconocida tiene algunas desventajas, pero muy grandes conveniencias. Los que conocen el latín se fijan en la construcción gramatical, en la literatura, en la pureza de la lengua, en la historia; repara su juicio y su crítica en lo humano, tanto en su belleza como en sus deficiencias. Por esta crítica humana, que veía tan defectuosa la traducción del latín, se ha hecho la

nueva versión de los salmos para que estuviera más correcta, más fiel, más perfecta. El humanista quiere el primor de la lengua, de la estética y de la historia. Pero en todo lo humano, por perfecto que esté, siempre hay algo defectuoso, y cuando se lo repasa continuamente resalta más el defecto, desagrada e impide levantarse a lo divino con más idealidad y amor.

El que no conoce el latín, sólo se fija en lo divino; pone toda su atención en Dios y todo lo ve perfecto a través de la luz y del amor de Dios; diviniza mucho más el Oficio Divino. Su mente, su afecto, hasta sus sentidos e imaginación están en Dios, con los ángeles, y se puede decir que alaba con el lenguaje de los ángeles, que no tiene articulación de palabras ni construcción gramatical en ninguna lengua, sino que es la intuición y la expresión de la idea directa e invariable en su misma verdad eterna puesta por Dios y superior a toda imagen. Con esta atención a Dios, el entendimiento no se distrae con nada de lo humano, sino que, remontado en alas de la fe por encima de la variedad de las imágenes y de las palabras, está en contacto directo con Dios y alabando a Dios con el mismo Dios. Por la fe, y por la carencia de impresiones humanas detalladas y variables, está en el cielo, porque en Dios tiene toda su principal vitalidad. Sin distraerse con las menudencias lingüísticas humanas ni con el polvillo vano de la historia o de la literatura, está en una muy viva, clara y amorosa presencia de Dios y en una muy alta y espiritual alabanza.

259. Para hablar con Dios no se necesita otra lengua que la del amor y la de la humildad. Ella

enseña la atenta mirada, la divina compañía y el sincero ofrecimiento. En los ángeles del cielo no hay lengua articulada, se hablan comunicándose directamente las ideas; sus entendimientos ven mutuamente las verdades que quieren comunicarse; es el lenguaje de la verdad ni puede haber engaño. Es también el gozo de la verdad perfecta y sincera. Pasó el tiempo de la novela, del cuento y del engaño. Allí está la comunicación y el gozo de la verdad en la verdad eterna con luz y maravilla inenarrable. El alma que ora rezando su Oficio Divino y no entiende latín, no se distrae, no critica, no juzga; está alabando a Dios por el latín con el lenguaje del cielo; no la distraen ni las elegancias ni las construcciones gramaticales; está en el mismo Dios, en el amor infinito, en la santidad infinita y, por lo mismo, en la más directa, en la más alta y tierna de las alabanzas y en la más agradable a Dios. Está, por la certeza de la fe, en la luz sin sombra, metida en la misma luz increada.

La religiosa coge el libro y va deletreando con los ojos y pronunciando con la lengua el latín, que no entiende, pero está con la mente y con el amor mirando a Dios y leyendo en El y cantándole con el corazón un cántico de amor increado, enseñado por el mismo Dios y manifestado por la fe. La palabra es el Verbo eterno y la armonía el Espíritu Santo, y en el Verbo está toda la verdad infinita y el Espíritu Santo es el amor del cielo. Como es la alabanza en unión del Verbo y con el Amor increado, es la alabanza digna de Dios y la más santa, por la compañía infinita, y Dios siempre la escucha y se complace en ella. El Padre con el Hijo y el Espíritu San-

to unen Consigo a la tal alma y la transforman en su luz divina.

Estaré en el coro alabando a Dios, o estaré solo en mi celda, pero estoy en Dios y Dios está en mí. ¿Qué es lo que canto? La alabanza a Dios enseñada por el mismo Dios; el himno de la eternidad que cantan los ángeles y bienaventurados, aun cuando todavía no le comprendo, pero unido a ellos, y me le ha enseñado el mismo Dios. Canto con los mismos ángeles y bienaventurados del cielo y con los santos de la tierra y canto a Dios y en el mismo Dios. Canto mi alabanza y mi entrega a Dios y canto la alabanza y la entrega por todas las almas y por toda la creación. ¿Para qué necesita saber la religiosa santa que reza el Oficio Divino si tiene más elegancia, si tiene hebraísmos o defectuosas construcciones el latín que recita, cuando ella está en la infinita hermosura y en la dulcísima armonía y en la fuente de la verdad de Dios mismo? ¿No ha levantado ella su vuelo por encima de todo y en esa suprema luz y alegría canta con los mismos ángeles de Dios y ante la presencia del mismo Dios? ¿No la sonríen los ojos y los labios del Padre celestial, que se agrada soberanamente en su canto y a quien ella mira sin interrupción? En las almas santas y humildes tiene muy grandes ventajas el no saber el latín que recitan; facilita el comprender la lengua del cielo y la sabiduría de Dios.

Dios mío, que te alabe yo con mis labios, pero que te alabe, sobre todo, con mi corazón. Que aun cuando no entienda yo el sentido espiritual íntimo, ni siquiera la interpretación de las palabras proféticas inspiradas por Ti (y las entienden muy pocos,

aun comprendiendo perfectamente la estructura del latín), que tenga yo mi atención y mi corazón puestos en Ti con humildad, y será el mejor modo no sólo de alabarte, sino de disponerme para recibir la sabiduría que Tú quieras comunicar a mi espíritu. El que ora entendiendo el idioma suele quedarse en la oración humana, suponiendo que la distracción no aparte su intención. El que no entiende el idioma, si se sobrepone a sí mismo por la fe, se pone directamente con Dios y en Dios, en la mente divina y en el amor divino, conserva más fácilmente la atención sin distraerse y ora con oración divina. Esta es alabanza divina. Que te alabe yo a Ti con mi alabanza, pero que una yo mi alabanza a la de los ángeles y que me una a Ti con atención asidua para alabarte con tu misma alabanza, que es la alabanza de la santidad, y la alabanza de la verdad imperecedera y del amor eterno. Que no me distraigan de tu atención ni de tu mirada mis quehaceres, ni los intereses todos de la tierra.

Tanto más perfecta será mi alabanza, y más santo y meritorio mi *Oficio Divino*, cuanto yo me una más perfectamente con Dios y por la unión me haga una sola cosa con El, y esto no lo haré por el conocimiento del idioma del latín, sino por el conocimiento del idioma del amor, que fijará mi atención toda en el Señor y en cada momento avivará más mi amor a Dios. Haré la alabanza-amor.

Cuando estoy rezando o recitando mi *Oficio Divino* delante de Jesús en el sagrario, o cuando estoy en la presencia de Dios en mi celda o en el campo, estoy en verdad lleno de Dios, estoy en lo infinito de Dios y Dios me embebe y penetra. El eco de mi

palabra o de mi canto es nada más que una muy tenue manifestación de resonancia externa de la otra alta, hermosa y sobrenatural resonancia interna del amor de mi alma unido al mismo Dios. Ese amor unido con Dios es la soberana alabanza al Señor.

260. ¡Cuánto no se complacerá el Señor en la alabanza de esas almas sencillas que sin entender la lengua se remontan en humildad y en fe a la verdad y al amor divinos y están como sumergidas en la misma verdad y bondad de Dios y hechas luz y bondad del mismo Dios, unidas y empapadas en El! Su alabanza verdaderamente es divina y es del mismo Dios, pues en El y con El la hacen. La eficacia de esas almas es inmensa en favor de la Iglesia y de los hombres.

Más agrada a Dios esta alabanza y más hace por el mundo y por las almas este culto interno de los conventos, parte sustancial de muchas Ordenes religiosas y de la vida santa de los sacerdotes, que el culto externo cuando está vacío de esta vida. ¡Pobre de la sociedad cuando falte este culto! ¡No abundará entonces la santidad y escasearán las conversiones! ¡Languidecerá la fe y las costumbres caerán en el mayor estrago!

¿Doy yo esta importancia al culto interno del *Oficio Divino*? Cuando florecieron los monasterios en santidad, el canto de la salmodia era mirado con la mayor reverencia y su rezo devoto como el principal acto de la observancia religiosa; nadie faltaba a esta oración. No había precipitación en su recitado. Era la alabanza a Dios por la Orden, por la Iglesia, por el mundo todo, y nadie quería dejar de te-

ner parte en esta alabanza y culto. Cuando las prisas y la ligereza me induzcan a recitar precipitadamente y con disipación, cuando considere esta oración como un número que hay que llenar, cuando le mire como una pesadez por la cual hay que pasar rápidamente, porque sólo asiste la comunidad o parte de la comunidad, para celebrar otros cultos externos y mire éste como de menor importancia, puedo asegurar que mi alma no está en el camino de la santidad, que no ha penetrado en lo grande y santo de esta alabanza, que no tengo oración interior ni vida de Dios y quiera el Señor no me mueva a hacer los cultos externos mirando a la gente para vanidad mía o del común o por interés material y de tierra. El Oficio Divino es más grande, más meritorio y mucho más acepto al Señor y de mayor bien para la Iglesia y para los hombres.

261. Quiero penetrarme bien, para mi mayor atención y reverencia, de que mi alabanza a Dios en el *Oficio Divino* es no sólo mía y en mi nombre, y por mí, sino en compañía de todos, y en nombre de todos. Me acompañan los santos, que viven en el mundo todo, y también los bienaventurados y los ángeles del cielo. Debo esmerarme para que el amor con que yo alavo y pido a Dios no sea menos intenso que el de ellos; los ángeles y los bienaventurados ya alaban en la dicha y gozo del cielo, yo aún peregrinando en el destierro, y con las flaquezas propias del desterrado, pero con todo el ímpetu y todo el deseo de quien se esfuerza en amar y en alabar a Dios perfecta y heroicamente con amor digno de Dios y por lo mismo unido a ellos. Sé que Dios así me lo

recibe y por esta alabanza derramará abundantes gracias sobre mí y sobre su Iglesia y sobre todas las almas.

Si yo, si todos los consagrados al Señor, si todos los que tenemos obligación de rezar el *Oficio Divino*, lo rezáramos con esta alteza de amor, atentos a Dios y unidos a El mismo, mi alma y las almas de los que así rezasen estarían ya en la mayor unión de amor con Dios y serían jardines floridísimos de todas las virtudes; los ángeles y el Señor de los ángeles se recrearían y gozarían en ellas; estarían rebosantes de belleza y de gozo. Si rezásemos, o al menos rezase yo con este espíritu, cambiaríamos el mundo, le incendiaríamos en divinos deseos y santos amores y obras de virtudes; santificaríamos las creyentes sociedades cristianas y convertiríamos a las paganas haciéndolas fervorosas creyentes. ¡Cuánto adelantaría en la santidad mi alma, y a cuántas ayudaría a ser santas, y a muchas más convertiría al amor y servicio del Señor!

Rezaba un día el Oficio Divino una Carmelita Descalza; se preparó y recogió con mayor cuidado y espíritu que de ordinario, deseando alabar a Dios con todo su amor muy unida a los ángeles del cielo, a los bienaventurados de la gloria, a la Santísima Virgen y a Jesucristo; se ofrecía a alabarle por todos los hombres y por toda la eternidad, suplicándole que todos amaran al Señor. Cuando hubo terminado el rezo del Oficio con toda la Comunidad, se retiró muy a solas con Dios en silencio para darle gracias por haberla admitido delante de Sí y en su compañía para alabarle, y oyó dentro de sí misma la voz de Dios que muy callada, pero muy cierta

y consoladora, la decía: «Porque tú me has querido alabar por todos los hombres y para toda la eternidad, yo preparo para ti un especial premio en mi gloria para toda la eternidad por esta tu alabanza.»

Su pensamiento había estado durante el rezo en Dios y en alabarle tiernamente por todos los hombres y por todo lo criado. Lo que menos se fijaría es en si esta palabra expresaba la idea con más elegancia o con menos precisión; en si era un hebraísmo o un giro latino perfecto; había estado viviendo la palabra de dentro, la verdad en sí misma; miraba a Dios en Sí y en su Verbo Eterno con humildad y confianza; recibía de su luz infinita y se abrasaba en deseos y se ofrecía en amor. Era alabanza santa unida al mismo Dios.

Esa intimidad, esa atención y amor, ese ofrecimiento debo yo poner en mi rezo de cada día. Que todo mi pensamiento, que todo mi afecto, que toda esta mi loca e inquieta imaginación estén atentos a Dios; que se vean en la compañía de la Virgen, y de los bienaventurados, y de las jerarquías angélicas, y del mismo Jesucristo, Verbo Eterno; que se unan también a todos los santos que aún viven en la tierra y unidos a ellos en la alabanza santa y perfecta a Dios; y le alabe por encima de todas las palabras y de las construcciones gramaticales y figuras retóricas, y por encima de todos los sonidos musicales, con el lenguaje de la verdad y del amor mismo y con la armonía del cielo en perfecto ofrecimiento.

262. El alma que de este modo alaba a Dios, está íntimamente unida a El en la admirable unión

de amor y le alaba con su mismo amor. Esta intimidad de amor con Dios es mucho más fácil para los sencillos y humildes que para los que saben mucho, porque éstos no saben despojarse del saber suyo para alabar a Dios en saber divino y su mismo saber les hace reparar en las perfecciones o imperfecciones gramaticales, en los conceptos teológicos y en los hechos históricos, no poniendo toda su atención y amor en el mismo Dios, Verdad infinita, y de sus conceptos e ideas a la Verdad infinita hay distancia infinita.

No necesito entender la gramática ni la lengua para entender el lenguaje divino y para sumergirme en la inmensidad de la bondad divina. De aquí que con frecuencia sea mucho más agradable a Dios y de mayor eficacia para el bien de la Iglesia y de las almas la alabanza de las sencillas y santas religiosas que la de eminentes teólogos y eruditos humanistas. Dios mío, enséñame el lenguaje de la entrega y del amor; de la atenta atención a Vos y de la humildad. Recibid mi alabanza unida a vuestro mismo amor. El amor y la verdad son el lenguaje de Dios y sólo los santos le entienden.

263. Gran parte de mi vida se me pasa delante del Señor alabándole por mí y por los demás. Soy escogido para ser la alabanza a Dios. Leo en Santa Teresa que el Señor la hizo muchas mercedes mientras rezaba el *Oficio Divino* por la atención y el amor con que le rezaba. El amor enseñaba a la Santa a tener aquel *acatamiento* y reverencia a Dios, porque se daba cuenta de que estaba orando a la infinita grandeza y omnipotencia, a la infinita hermo-

sura y sabiduría, a la infinita majestad y bondad. Su rezo y oración eran de ilimitada confianza, porque se veía orando a su Padre celestial bondadosísimo sobre cuanto puede imaginarse. Su rezo era de suma delicadeza y decía que por una ceremonia daría mil vidas, porque las ceremonias son como el cumplido de la educación y respeto para con Dios y prueba de la fidelidad a sus disposiciones.

Mientras rezaba un día el *Quicumque*, la hizo el Señor una soberana merced comunicándola una altísima luz sobre el misterio de la Santísima Trinidad y dejándola más abrasada en ansias divinas y en el conocimiento de la alteza de Dios sin que en la creación encontrara nada con qué poder compararla. Rezaba con tanta atención y amor que, rezando una oración en sufragio de las almas, el demonio se la ponía en figura de mosca sobre las letras para distraerla, y con agua bendita le ahuyentó.

Dios se agrada en gran manera en el *Oficio Divino* santamente recitado, porque es su misma palabra enseñada a la Iglesia y nos la ha enseñado por su Iglesia para que le alabemos con ella; porque es la palabra-alabanza de la Iglesia y yo la repito en su nombre y la hago mía, y tanto más se agradará en mí cuanto la rece con más amor y mayor veneración y respeto.

Leo en un libro antiguo que San Elías dispuso a cuantos le seguían y tenían por Padre que se reuniesen todos los días para celebrar las alabanzas divinas muy solemnemente con cánticos al Señor al son de música e instrumentos sonoros. Lo había hecho ya David formando los coros musicales que se alternaban en el templo cantando al Señor. Dice la

Escritura Divina que Dios se complació en ello. Fueron como el preludio de la Salmodia que se reza en la Iglesia.

Esta alabanza, que es súplica y agradecimiento al Señor, debo hacer yo con todo mi espíritu, con todo mi amor y veneración por mí y por todos los hombres; por los santos, para que sean más santos; por los pecadores, para que se hagan santos; por los que no creen, para que vengan a la luz de la fe y de la gracia. Me mandan rezar esta alabanza la Iglesia y la Orden, y serán mejor atendidas de Dios porque las rezo en su nombre. Esta alabanza exige que ponga yo todo el primor y delicadeza de mi alma, toda la atención y el amor de que sea capaz y todo el primor y delicadeza exterior de reverencia y modosidad de mi cuerpo y de mis miembros. Si alabara a un Soberano de la tierra, y en presencia de una concurrencia distinguida, mi vanidad y amor propio me estimularían a que lo hiciera con todo esmero, superándome a mí mismo. Pues siendo al Dios del cielo, de la tierra y de todo lo criado a quien estoy alabando y en su presencia, siendo a Dios infinito y delante de sus ángeles y santos, ¿cómo no pondré cuanto me sea posible para hacerlo de la manera más cumplida y perfecta?

A veces comunica el Señor más alta inteligencia de las verdades sobrenaturales encerradas en los Salmos y en las Divinas Escrituras a las almas sencillas y humildes, pero muy santas, que no conociendo el significado de las palabras de la lengua en que rezan ponen toda su atención y todo el amor de su espíritu en alabar y agradar al Señor, que a los teólogos más eminentes y a sabios de fama universal.

Leemos admirados lo que vio y gustó Santa Gertrudis al cantar *Vi el rostro del Señor*. A ningún sabio pudieron ocurrírsele tales comentarios ni verdades tan altas y tan sentidas. Las veía y aprendía y gustaba en el mismo Dios, y una Carmelita Descalza, llamada Teresa de Jesús, que ignoraba el latín pero tenía mucho amor de Dios y mucha humildad, hizo comentarios espirituales y muy llenos de verdades de cielo sobre los salmos.

264. Dios mío, que habéis tenido la misericordia de escogerme para que yo me consagre a alabaros y suplicaros en nombre de la Iglesia y unido a Jesucristo por mí y por todos los hombres; os doy gracias por ello y quiero corresponder fielmente a vuestra bondad haciéndolo con todo el recogimiento, con todo mi amor y con toda mi atención y humildad. Quiero darme cuenta de que esta oración mía es en compañía de los ángeles y bienaventurados del cielo y de toda la Iglesia de la tierra, y determino poner toda mi voluntad para que mi fervor, mi atención y mi reverencia no sean menores que los que ellos tienen ni el de las almas santas que aún viven. Tampoco debe ser menor mi gozo en alabaros. Os suplico me concedáis que ningún acto de los realizados por las criaturas para honrar a una persona humana iguale ni aun se acerque al primor, delicadeza y acatamiento exterior con que yo os alabe a Vos y su amor no tenga ni comparación con el mío y con el de cuantas almas os alabamos y honramos. Quiero pensar que de mi alabanza y súplica, juntas con la de mis hermanos, depende la salvación de muchas almas y la santificación de

otras y de vuestros apóstoles y la propagación y esplendor de vuestra Iglesia. Quizá por la negligencia y disipación que hasta el presente he tenido no se hayan convertido las que teníais señaladas a mi fervor, y mi frialdad y falta de viva fe no haya contrarrestado las herejías y las persecuciones contra vuestra Iglesia. Más podrán mis alabanzas y mis súplicas llenas de amor, como han podido las de los santos, que la predicación de muchos oradores no santos, o al menos contribuirán ellas para alcanzar la gracia de la eficacia a las palabras de los que llevan la luz del Evangelio a las almas. ¿No será la oración y alabanza fervorosa de tantas almas escondidas las que en estos momentos alcanzan tantas vocaciones para consagrarse a Dios en España como no las había habido en dos siglos por lo menos? Soy yo quien debo darle gracias especiales por ello, y que continúe siendo generoso en estas gracias espirituales superiores a todos los imperios y grandezas terrenales de las naciones.

¿Por qué no habré dado la importancia tan inmensa que tiene, de suyo, al culto interior de mi Orden y de mi comunidad en la devoción y gravedad del rezo del Oficio Divino, muy superior y de mayor eficacia, para el bien de las almas, que el mismo culto exterior? Porque el apostolado ha de estar unido a este culto y tenerle por cimiento sólido si ha de mover las almas y llevarlas a Dios.

Pero en ello encontraré, sobre todo, mi propia santificación.

Tengo que humilde y santamente forzar a Dios con mi rezo y mi oración y obtener de El la gracia de la conversión y de la santificación de las almas.

Son los tesoros que el mismo Dios pone en mis manos para comprarlas. Ahí he de decir: «Permitidme, oh Dios mío, que persevere insistiéndoos en que esos que no os aman aún, me tenéis que conceder que os amen; habéis prometido ese premio a la oración y a la alabanza especial por esta gracia que no dudo me concederéis. Es para gloria vuestra y bien de las almas que Vos habéis criado y ha redimido Jesucristo con su sangre y muerte. Haced que los corazones buenos se determinen a ser santos. Que os amen y se salven todos.»

¿No me remuerde ni me intranquiliza mi conciencia al pensar que por mi tibieza y flojedad no se hayan convertido o no se conviertan muchos? Jesucristo, que ora conmigo, levantaría mi plegaria y oración al orden sobrenatural y la concedería esta gracia y petición. Yo oro con Jesucristo y, al menos, santificará mi alma.

Quiero, Dios mío, en adelante orar y orar con todo mi espíritu. Quiero ser la Iglesia santa que ora y que expía. A mi plegaria y a mi alabanza y súplica debo unir mi obra expiatoria de mortificación. He abrazado mi vida religiosa de orar y expiar, suplicar y alabar por todo el mundo, sin exceptuar raza ni nación ni hombre alguno. Entra en mi fin y en mi obligación el orar y expiar, suplicar y alabar por mi patria, donde he nacido y donde vivo, para que sea fiel al Señor en su gobierno y en cada uno de sus ciudadanos; por la Iglesia santa y por mi Orden para que vivan la santidad que Dios quiere de ellas como personas morales y en cada uno de sus miembros. ¡Alta y delicada misión la que el Señor me ha confiado!

¿Por qué me dejaré llevar del parecer de los demás o de la crítica cuando veo que no es conforme al espíritu del Evangelio ni a la perfección que Dios quiere de mí y yo he abrazado? ¿Por qué me dejaré llevar de la crítica sobre los demás o de cómo está la sociedad y el mundo? ¿Acaso no sé —y por esto abracé el estado religioso y ser de Dios— que lo que ha de salvar el mundo y llevar las almas a Dios no es la crítica, sino las buenas acciones, las virtudes y la intercesión ante el Señor por la alabanza y la expiación, por la oración y por la súplica con amor y mortificación? ¿No redimió Jesucristo de este modo el mundo? ¿No es El mi modelo? ¿No me mandó y me manda esto mismo cada día?

Recogido ante el Señor con mi súplica y sacrificio, con mi oración y expiación, tengo la palanca que estriba en el mismo Dios, para con ella mover, en compañía de Jesús, el mundo e inclinarle hacia el lado de la virtud y del amor de Dios; tengo la llave para abrir la puerta del cielo y entrar yo y otras muchísimas almas.

Si soy yo alma de oración, si lleno santa y fervorosamente mis horas de coro, si me he abrazado estrechamente al sacrificio, seré apóstol de los pecadores, y apóstol de los fervorosos, y apóstol de los apóstoles del Señor que trabajan activamente en la Iglesia santa, «y cooperaré al bienestar de la Iglesia y del mundo entero mucho más eficazmente que los que trabajan en la viña del Señor» (Pío XI).

Como Jesucristo, la Virgen Santísima, mi modelo y mi Madre, suplicó y alabó, oró y expió. Fue, en su vida recogida e intensa en virtudes y amor, Rei-

na de los apóstoles y de los mártires sin haber salido a predicar por el mundo ni haber recibido muerte violenta por confesar la religión. Lo fue porque oró y expió por todos los apóstoles y mártires y por todas las almas; lo fue por su ofrecimiento a Dios y por el sufrimiento del corazón en el más intenso amor a Dios. De tan perfecto modo mereció ser el conducto por donde el Señor comunica las gracias a las almas y la mediadora de los bienes que descienden del cielo a los hombres. A la Virgen Santísima tengo que imitar en las virtudes, pues me he ofrecido a Ella y la he elegido por Madre; ni sería hijo bueno ni fiel a mi vocación si no siguiese sus pasos. Como la blasfemia es el pecado más grande por ser directamente contra Dios y de la manera más baja e inculta, la alabanza es la virtud más agradable y delicada y contrarresta la blasfemia. ¿No incurriría yo, aunque indirectamente, en alguna culpa de las blasfemias que se dicen contra Dios con el más rebajado desprecio si mi alabanza y oración no fuese tan fervorosa, humilde y atenta como debiera? ¿Por qué mi fervor no ha alcanzado del Señor acabar con ese pecado que tanto desdice de la dignidad y educación del hombre y tanto le rebaja?

Cuando el pecado de rebeldía contra Dios se manifestó en el ángel, San Miguel, con su humildad y alabanza a Dios, fue el contrapeso y el triunfo. Y si yo soy fiel a Dios he de dar muestras de que le amo y defiendo alabándole con todo mi esfuerzo. Debo insistir ante el Señor suplicándole con perseverancia que desaparezca de la tierra el pecado de demonio, cual es la blasfemia. Mi humilde y fervorosa alabanza y mi expiación lo obtendrán del Señor.

Y mucho más me obliga esto si soy sacerdote. Porque tengo un compromiso con Dios y con mi pró jimo, y una promesa especial hecha y aceptada de ser el que ore y expíe por el pueblo. Con mi oración y mi penitencia he de llorar y borrar los pecados del mundo, limpiar las almas y ensalzar la misericordia y los atributos divinos.

265. ¡Cuántos hombres hay que no oran ni rezan! ¡Cuántos que no conocen a Dios o le desprecian y se declaran sus enemigos y difunden el mal! He leído aterrorizado que en el año 1960 el gobierno de Rusia había pagado más de 300.000 conferencias antirreligiosas para difundir en el pueblo el error de que Dios no existe. Quieren borrar hasta la noción de Dios y de su existencia, para acabar con la conciencia y la moral. El declarar la guerra a Dios como Dios, y querer borrar hasta su nombre de la memoria de los hombres, es el pecado terriblemente impío y satánico de estos tiempos. ¿No será el anunciado en el Apocalipsis, salido por la boca de la bestia y que muchos pueblos llevaban como señal en sus frentes? ¿Qué hago yo para alcanzar de la misericordia de Dios su perdón y la gracia para las almas? ¿Cómo no me desvelo y esmero por cumplir con el mayor amor y reverencia esta obligación mía de alabar al Señor? ¿Cómo no oro con el amor y la intensidad de Moisés y de San Pablo por su pueblo? Dios mío, contra el extravío de los hombres y diabólica ceguera —porque no os conocen—, os deseo alabar yo por todos y os pido por todos para que os conozcan y os amen y os alaben.

Y el Señor ha tenido la misericordia y bondad

de escogerme a mí para que yo le alabe, le ame e interceda por todos los hombres. Es muy cierto que yo no soy digno de tan delicada confianza, pero por eso mismo debo esmerarme más en cumplirla con el mayor amor y la más primorosa fidelidad. Tampoco la Virgen era digna de ser Madre de Dios, pero la escogió el Señor, la llenó de gracias y ella fue Virgen fidelísima correspondiendo a todas las gracias. Los santos no eran dignos, pero fueron fieles a las amorosas llamadas del Señor y se hicieron santos. Fue misericordia y bondad del Señor con ellos y lo es actualmente para conmigo. Pone en mí su confianza y me pide mi fidelidad. El Señor prácticamente me ha dicho: «Si tú me eres fiel, si tú me amas con todo tu corazón, si tú te pones sin reservas en mis manos y te dejas deshacer por Mi para que Yo te transforme, depositaré en ti mis tesoros y haré maravillas en tu alma como las hice en mis Santos. Tienes que ser vaso limpio, transparente y santificado. Quiero que seas la alabanza mía de amor y de misericordia en la tierra. Quiero que seas la expiación ante mí por los hombres y me alabes con suma reverencia y amor por ellos. Yo mismo te pongo mi alabanza en tus labios por el *Oficio Divino*. Orame.»

¡Qué misión tan delicada y amorosa la que Dios me confía! ¡Cuánta trascendencia encierra para mí y para todos los hombres! Para mí, pues de cumplirla con fidelidad y amor depende mi santidad. Para todos los hombres, pues del fervor y espíritu con que la cumpla dependerá la salvación de muchas almas y el progreso de otras en la santidad.

¡Qué bueno eres, Dios mío, conmigo! Admiro y

santamente envidio a los santos que escriben o predican y los encomiendo para que hagan mucho fruto. Magnífica misión la suya, aunque difícil; pero esta misión oculta y continua que en mi retiro me pedís, esta vida de alabanza a Vos y de expiación que por las almas me señaláis, exige mi santificación para que la alabanza y glorificación a Vos sea completa, y para que mi expiación traiga las almas a vuestro servicio y sea ayuda eficaz a la palabra de los predicadores.

Si la tierra no está preparada y apta para ser sembrada, se pierde la semilla que en ella se arroje, y Dios me ha escogido a mí para que con santidad callada y oculta prepare las almas pidiendo por ellas y expiando por ellas para que estén preparadas y fructifique la semilla que los predicadores siembren.

Os suplico, Señor y Dios mío, que no quede frustrada la confianza que en mí habéis puesto. Me habéis mostrado que me llamasteis para ser santo; dadme la realidad de las virtudes; hacedme ver bien la alteza y la importancia de mi llamamiento. ¿Cómo podía yo pensar ser vuestra alabanza en la tierra y serlo también por los hombres todos? ¿Cuándo he merecido yo ser escogido para la expiación en favor de las almas? ¿Por qué no me he detenido a pensar la trascendencia que esto tiene en favor o en perjuicio de las demás almas? ¿No depende, en gran parte, de mi fervor del espíritu con que yo rece, la gracia que ha de descender a las almas? ¿Doy la importancia debida a este santo culto interior?

No tengo que preguntarme cómo entenderé las palabras que pronuncio al rezar el Oficio Divino, si-

no con qué atención y con qué amor y humildad rezo mi Oficio Divino. La palabra puede distraerme de la atención debida a Dios y debo estar fija y amorosamente atento al mismo Dios, como sumergido en Dios, como flotando en Dios y llenas mis potencias de Dios. Esta es la armonía que cautiva al mismo Dios, y cuanto más atento y cuanto más sumergido esté en Dios, tanto mayor será mi esmero en guardar la reverencia y la delicadeza externa en mi compostura y movimientos; tanta mayor mi diligencia y fidelidad en practicar con exactitud las ceremonias y en la correcta pronunciación de las palabras. Si estoy ante la grandeza, majestad y bondad de Dios, debo estarlo amorosa y reverencialmente, debo avivar mi fe y mi amor y mi confianza para con El. Rezo a Dios, infinito en majestad y poder, e infinito en sabiduría y belleza; rezo en compañía de Jesucristo, verdadero Dios y hombre, y de la Virgen Santísima y de los coros angélicos y de los bienaventurados del cielo y santos de la tierra, y con tan celestial compañía debe acrecentarse mi fervor y mi atención.

En las conveniencias personales o sociales y en los intereses terrenos buscamos la influencia de las personas que puedan conseguirnos nuestras aspiraciones o deseos. Aquí soy yo mismo el que trato directamente con Dios en favor mío y de los hombres, y mi influencia será según sea mi atención y mi amor, y mi petición tanto más acepta al Señor cuanto mi espíritu sea más fiel, más santo y más unido a Dios.

Se me ocurre una comparación que ignoro si expresará bien lo que deseo decir además de lo es-

crito ya. Vemos el tendido de los cables que lleva el fluido eléctrico a todas las partes y en todas las direcciones para producir energía y luz. Unos cables son de alta tensión y llevan la corriente general de unas regiones a otras distantes; otros son de baja tensión, que, ya distribuida convenientemente, produce los efectos de la iluminación y de la fuerza motriz para el trabajo mecánico. Si no hubiera tendido de cables no podría, hoy por hoy, conducirse la energía ni transformarse en fuerza y luz. El que ora ante Dios en su oración pública en nombre de la Iglesia y en su oración privada, trae la fuerza divina del cielo a la tierra para que los hombres puedan tener luz y la fuerza de la gracia y de las virtudes. Dios ha tenido la bondad de elegirme a mí para cable conductor que traiga del cielo esta energía divina y la distribuya en la tierra por las almas para que vivan con acciones de fe y se salven y se santifiquen.

266. Pero aun por estricta justicia para con los hombres debo esmerarme en rezar mi *Oficio Divino* con toda atención, esmero y fervor y procurar sea oración perfecta. Dios mueve a los hombres, a los buenos y aun a los malos, por caminos secretos y que El sólo conoce, para que me proporcionen lo necesario para mi vida en la comida, vestido y vivienda. Ni quiere que me preocupe yo de pedírselo a los hombres, aunque no acabo de fiarme de Dios y suelo molestar a los hombres con esta petición. Dios, por medio de personas a quienes la mayoría de las veces no conozco, ni quizá ellas a mí, no me falta en darme lo necesario, y aun lo superfluo, que yo no

aprovecho como debiera y quizá me paso de la austeridad y sobriedad que debiera tener. En estricta justicia —aun humana y mucho más en la divina— yo estoy obligado a pagar todo esto que hacen por mí, y como no puedo en bienes materiales tengo que hacerlo en bienes del alma, ofreciéndoles mis oraciones, mis fervores, mis virtudes, mis sacrificios e implorando a Dios por ellos de modo especial, como agradecido, y por todos.

¿Cuánto no trabajan los labradores en los campos para recoger lo necesario para la vida? Y siempre están pendientes de la incertidumbre, de temores fundados en la experiencia de muchos años malos en las cosechas. ¿Qué diré de otra clase de trabajadores y con cuánto peligro de sus vidas para allegar lo necesario? Yo sería uno de ellos y quizá pasara mucha necesidad y aprieto si el Señor no me hubiera traido a su casa. Y aquí en la casa de Dios, aunque habiendo profesado una vida austera y penitente, que debo cumplir si soy fiel a mi solemne promesa, es, sin embargo, mi vida más descansada que la suya y con menos preocupaciones, y Dios les mueve a que me traigan lo necesario para mí, y me lo traen ellos con abundancia por amor de Dios, privándose muchas veces de lo que necesitan más que yo y quizá malgastando yo sus sudores y dilapidando sus trabajos.

Me lo traen mirando a Vos y les movéis Vos a que me lo traigan. Vos y ellos cumplís vuestra palabra. ¿Cumplo yo mi obligación y mi palabra?

Merecía yo, Dios mío, que no cumplierais la vuestra y no me dierais ni aun lo necesario; no lo merezco; porque no vivo la vida fervorosa y santa de

consagrado a Vos; porque la pereza, y mi comodidad, y el regalo de mi cuerpo y sentidos; porque la curiosidad, y la disipación, y el apego a lo mundano, que renuncié en mi profesión, me dominan y no cultivo la presencia de Dios ni hago mi oración recogida ni rezo mi oficio santamente. No soy lo espiritual que debiera ser. ¿Cuándo me determinaré a empezar? ¿No me avergüenza el ver que ponen los hombres más atención y cuidado y aprovechan mejor el tiempo en sus intereses que yo en vivir la vida espiritual? ¿Cuándo pondré, al menos, la atención a Vos y a las virtudes que ponen ellos en sus bienes e intereses? Y aun quizá les supero yo en procurar la vida regalada y cómoda y en malgastar lo que ellos me dan para ver curiosidades muy contrarias al recogimiento y espíritu.

Quiero en adelante, desde hoy mismo, santificar mi vida, orar con fervor pidiendo misericordia para mí y para ellos; pagarles los bienes que me dan siendo fiel a mi promesa y a vuestro llamamiento y pidiendo por ellos. Dios mío, hazme humilde para que me olvide de mí y esté siempre en Ti. Hazme vivir con el corazón en Ti, para que no me arrastren ni me distraigan las cosas materiales ni mi propia vanidad, sino que mi alabanza y mi vida y gozo estén en Ti.

DECIMAQUINTA LECTURA-MEDITACION

(Segunda del día séptimo)

El misionero de Cristo y el ejercicio de su misión

267. En estos días me he recogido con Dios para aprender a amarle y determinarme a amarle más; para suplicarle, para ofrecerme decididamente e intentar hacer en todo su divina voluntad y hacerla con todo mi amor y para siempre.

En silencio de todo, de lo de fuera y de lo de dentro; retirado dentro de mí mismo, muy a solas con Dios, envuelto en su misericordia, en su bondad, en su hermosura; iluminado por la luz de su mirada creadora y amorosísima, pregunto al Señor: «¿Qué queréis, Dios mío, de mí? ¿Cuál es vuestra voluntad sobre mi vida presente y futura, sobre mis actividades y acciones? ¿Qué queréis, Dios mío, de mí? Os suplico humildemente me lo deis a entender y también os suplico me deis la fuerza y decisión para cumplirla con toda fidelidad.»

Porque sé muy ciertamente que la santidad es hacer en todo vuestra voluntad; es hacerla en el

lugar, en el puesto y en las actividades que Vos me determináis y del modo que me disponéis; es aceptar todas vuestras disposiciones, agradables o adversas y dolorosas, como venidas de vuestras manos y escogidas por vuestra voluntad para mí con todas las circunstancias; es aceptarlo y hacerlo *con todo el corazón, con toda la mente y con todas mis fuerzas*, o sea, hacerlo con todo mi amor.

Donde quiera que me pongan o lo que me manden, ya sean mis superiores ya sean mis adversarios, siempre he de mirar que eres Tú, Dios mío, quien me pone, y he de obrar, amar y portarme como enviado tuyo.

Jesucristo aceptó y abrazó sus desprecios y su crucifixión con todo su amor y obedeció a su Eterno Padre, aun cuando fueron hombres impíos y descreídos y materialistas quienes decretaron su muerte con tanta ignominia y dolores. Así obra el misionero de Dios.

No puede existir la santidad en el alma sin existir al mismo tiempo el apostolado, y el apostolado se hará siempre con la misma intensidad que sea la santidad. No ha habido ni habrá tan perfecto apóstol como la Virgen, porque no ha habido ni habrá alma tan santa. La Iglesia la llama Reina de los apóstoles.

La santidad es el amor perfecto del alma a Dios hasta el olvido de sí misma para vivir en el recuerdo y deseo de Dios; pero el amor es la entrega a Dios por las virtudes, por el vencimiento de sí misma, por el cumplimiento perfecto de la voluntad divina en todas sus disposiciones.

No es posible haya amor de Dios sin deseo de

que Dios sea conocido, amado y honrado de todos y sin el empeño de poner todo el esfuerzo de que sea capaz en el lugar donde Dios lo quiera y del modo que Dios quiera, para que todos lleguen al conocimiento, al amor y al servicio de Dios y todos participen de la misericordia y bondad infinita de Dios, viviendo en la gracia mientras estamos en la tierra y viviendo en la felicidad y gloria por la visión de Dios, después de la muerte, en el cielo.

Es necesario el apostolado, fruto del amor, y es necesario el apostolado activo de la Iglesia docente. Dios lo ha querido y lo ha establecido así. Leo en el Evangelio que Jesús dijo a sus apóstoles: *Id y predicad a todas las gentes.* Sin el apostolado activo de la Iglesia docente no existiría la Iglesia santa ni se hubiera extendido por el mundo, ni hubiera llegado a mí el conocimiento verdadero de Dios.

El apostolado interno de la Iglesia santa que ora y que expía, en las almas retiradas, es necesario; el apostolado interior de la vida espiritual es como la savia y la vida del apostolado externo, pero ha determinado el Señor que no sea éste suficiente; es también imprescindiblemente necesario el apostolado activo de la Iglesia docente. El apostolado interior y exterior han de ir unidos y apoyarse mutuamente. Cuando un alma ve oposición entre los dos apostolados, no está ella en el camino de la verdad, que es el de Dios y el de la perfección. Jesucristo vivió en Sí mismo los dos apostolados con toda perfección. Los hombres tenemos que vivir el apostolado según el llamamiento de Dios; cada uno para el que ha sido escogido y llamado, pero todos unidos y dirigidos a un mismo fin, que es el de nues-